

UN LUGAR DE ENCUENTRO

(Junio 1998)

De nuevo sale *Aquí la Iglesia* con su sección *La Voz del Obispo*. Los católicos de La Habana se habituaron a ver en sus parroquias, en algún momento del mes, esa hojita que les traía un mensaje de su Obispo y algunas noticias. Digo en algún momento porque no se trataba de una publicación periódica, con fecha fija, sino eventual, incluso en algunos meses no llegaba a salir.

Es probable que siga siendo así, pues se trata de una especie de «*lugar de encuentro*» del Arzobispo con los católicos de la Arquidiócesis y de los católicos de la Arquidiócesis unos con otros, por medio de las noticias, que comunican lo que cada parroquia, grupo o movimiento está realizando en el campo de la Pastoral de la Iglesia o da a conocer los planes pastorales de la Arquidiócesis durante el mes o el año. Pero no siempre tenemos las posibilidades de que llegue a tiempo a sus lectores.

El tiempo preparatorio de la visita del Papa fue intenso y reclamó muchas energías para que nuestras comunidades católicas se dispusieran a acoger con devoción y afecto filial, como de hecho lo hicieron, al Sucesor de Pedro. Hoy han pasado ya cinco meses de la Visita del Santo Padre y su voz profética resuena aún en lo profundo de nuestro ser, reclamando de todos una respuesta clara y personal, a su llamado para que se abran las puertas a Cristo, ¿qué estamos haciendo con el mensaje esencialmente evangélico, y por ende renovador, que nos dejó el Papa Juan Pablo II?

Entre las iniciativas diocesanas para acoger esa rica doctrina del Pastor supremo de la Iglesia, es necesario también que se escuche la voz del Obispo, cuya misión es la de enseñar, santificar y guiar al pueblo que Dios le ha confiado. Por eso, además de las homilias que en tantas ocasiones y en diversos lugares llegan a los fieles, quiero que haya, al menos mensualmente, una palabra del Pastor diocesano que los reúna a todos en su escucha, que sea expresión del magisterio habitual de la Iglesia y como un eco de la voz del Papa.

Nuestras comunidades están integradas hoy por numerosos fieles que han llegado a la Iglesia recientemente. Muchos se preparan, a través de un serio catecumenado, para recibir el bautismo o la confirmación, o para poder acercarse a la mesa del altar y recibir el cuerpo y la sangre de Cristo en el sacramento de la Eucaristía. Esta hoja está hecha pensando especialmente en ellos.

El camino de la fe no termina mientras estemos recorriendo el camino de la vida, pero este andar se hace más esforzado en sus inicios, cuando, junto al gozoso descubrimiento de Jesucristo que nos sale al paso y nos muestra su amor, se siente la necesidad de esclarecer criterios, de adecuar nuestras vidas a ese amor cristiano que, en palabras de San Pablo, trasciende toda filosofía. No es que todo el que llega a la fe haya tenido anteriormente una vida azarosa o en extremo pecaminosa. Esto puede también suceder y el encuentro con Cristo debe, justamente, sanar, hacer que el pecador experimente el perdón y tome plena conciencia de que el amor de Dios es misericordioso, no condena, no rechaza, sino acoge y bendice. Sin embargo, una vez reconciliados con Dios, ¿cómo enrumbar la vida por el camino ascendente y pedregoso del seguimiento de Jesús? «*Ancho es el camino que lleva a la perdición*»... «*estrecho es el sendero y angosta la puerta que conduce a la vida*», son palabras del mismo Señor en el Evangelio y en otro lugar nos dice: «*quien quiera ser mi discípulo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga*», porque «*quien guarda su vida la pierde y quien la entrega la gana para siempre*».

Estas palabras de Jesús contienen una visión del hombre de cara a su historia personal, de frente a su destino, y constituyen el fundamento de una ética distinta, cuyos valores no coinciden sino parcialmente con los valores que se aceptan o se presentan en la vida cotidiana, que incluye el hogar, el centro de trabajo o de estudio, el descanso y las diversiones, la relación con el vecindario y con la sociedad, pero también valores individuales, que los cristianos llamamos siempre personales: ¿cómo concibo el amor, cuál es el eje central que sostiene mi sentido de la vida, qué lugar tiene en mi existir el sufrimiento y la muerte, quién es mi prójimo, qué es la verdad?

Estas y otras fueron las preguntas que los hombres, desde sus primeros discípulos hasta Pilato, le hicieron a Jesús. Estas son las eternas preguntas que el ser humano lleva siempre dentro y que en muchas ocasiones no llega a formular, sea porque no se atreve, sea porque muchas sollicitaciones de orden material e inmediato pueblan su existencia y llegan a aturdir o a no dejar pensar. Otros encuentran algún tipo de respuesta en otras corrientes religiosas, filosóficas o ideológicas.

El encuentro con Cristo Jesús provoca, invariablemente, el encuentro del hombre consigo mismo. Cristo es la luz, *«yo soy la luz del mundo, quien me sigue a mí no andará en tinieblas»*. Y esa luz aclara muchas cosas buenas o favorables y pone en evidencia otras dañinas o peligrosas. En la ceremonia del bautismo se le entrega al que acaba de ser purificado en la fuente bautismal una vela encendida, mientras se le dice: *«se te entrega luz para que brille... camina siempre como hijo de la luz... hasta que llegues un día al encuentro del Señor»*. Bautizarse es, pues, emprender un camino nuevo en la vida.

San Pablo, dirigiéndose a los que habían accedido a la fe cristiana por el bautismo, les dice: *«ustedes antes eran tinieblas y ahora son luz en Cristo»*. He ahí resumido el programa de un cristiano, pero ¡qué difícil hacerlo realidad en la práctica! El mismo San Pablo usa una comparación radical para indicar cómo debe producirse ese cambio de vida: *«tienen que despojarse del hombre viejo y revestirse del hombre nuevo»*.

En épocas pasadas, pero aún recientes de nuestra historia nacional, se convirtió en un reto el dar a conocer la fe religiosa en un centro de estudio o de trabajo, sobre todo cuando alguien comenzaba una nueva actividad laboral o una nueva etapa escolar y debía ratificar en algún expediente escrito su pertenencia a alguna iglesia. Esto hacía que uno de los actos más significativos que debía realizar un cristiano era esa especie de confesión pública de la fe, lo cual, como es lógico, llenaba de satisfacción al propio cristiano y le atraía el aprecio de su comunidad. Pero, como contrapartida, muchos llegaron a considerar que eso bastaba para ser un buen discípulo de Cristo.

Hoy no se presenta ya, afortunadamente, el problema de una confesión formal de fe, sino el verdadero y perenne desafío del seguimiento de Jesucristo, confesarlo ante el mundo con la vida, con la palabra y el gesto acordes con su enseñanza y con el modelo que tenemos en él. Para todos los cristianos que integran la Iglesia en Cuba, este es el gran emplazamiento que nos presenta nuestra historia contemporánea.

Porque no se trata de una respuesta eventual, aun de consecuencias duraderas, sino de una actitud perenne y casi siempre contrastante. El Evangelio es siempre intransigente con el pecado y el mal, pero comprensivo con quien obra perversamente, propone sin cesar el bien, exigiendo, si es necesario para alcanzarlo, el sacrificio; llena

de paz y de felicidad el corazón humano, pero no por los medios falaces que el mundo ofrece. En fin, su código existencial no tiene equivalencias plenas en las propuestas de ningún otro sabio, filósofo o pensador, porque Jesucristo, «*el único que ha visto al Padre*», nos lo ha dado a conocer.

Nuestra Iglesia es una Iglesia de orígenes, una Iglesia de comienzos. Por eso deseo que esta hoja diocesana contribuya a que los hombres y mujeres, jóvenes o adultos que hoy llegan a nuestras comunidades o aquellos que están en ellas ya de tiempo, pero que necesitan renovar su mentalidad, encuentren aquí un medio propicio para integrar una Iglesia conocedora de la fe en Cristo y de sus exigencias, preocupada por promover al hombre según el Evangelio, y que vive dinámicamente su misión de anunciar a Jesucristo a todos nuestros hermanos.

Pido al Señor nos ayude en esta nueva etapa de *Aquí la Iglesia* y quiero que llegue a todos, con el afecto de siempre, la bendición de su obispo.